

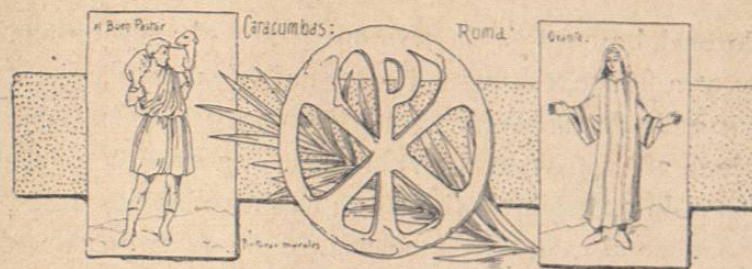
jas. También se contemplan en extenso paisaje Belén, Nazareth, Jerusalén, el Monte Tabor, el Mar Muerto, las montañas coloreadas por el sol poniente, y otros muchos sitios que sería cansado enumerar.

El *Presepe Surdi*, como allí lo llaman, por el nombre de su autor, es visitado diariamente por centenares de individuos, tanto de Roma como extranjeros.

Pasó el día 16 bastante bien aprovechado. Cuando la noche envolvía la ciudad con su obscuro manto, y alumbraban las calles numerosos mecheros de gas y focos de luz eléctrica, nos retiramos todos meditabundos, dispuestos para acudir á la mañana siguiente, á la cita que se nos había dado en San Pedro, á fin de continuar las visitas jubilares.



Torre de
Sta. Maria Maggiore.



CAPITULO VI

HEMOS llegado por fin al primer templo de la cristiandad, el mismo que anhela con ansia contemplar todo viajero que se dirige á Roma, y con mayor razón el piadoso peregrino que acude en pos de celestiales dones. La inmensa plaza está rodeada por la majestuosa columnata que coronan estatuas colosales. Elévase en el centro el obelisco de granito egipcio que fué colocado por Calígula en su Circo, y que hizo trasladar á donde hoy se encuentra el Papa Sixto V. A los lados de ese obelisco hay dos grandes fuentes que, idénticas en su forma, hacen subir el agua á cerca de seis metros de altura, desprendiéndose en cristalina lluvia que, iluminada por el Sol, reproduce los espléndidos co-

lores del arco iris. La taza que recibe el agua en una y otra fuente, es de granito, formada de una sola pieza, cayendo de allí al receptáculo de figura octágona, y que tiene 28 metros de circunferencia. Una extensa escalinata de 22 gradas divididas en tres amplios descansos, conduce al frente de la fachada. Al pie de la escalinata están las estatuas colosales de San Pedro y San Pablo, colocadas allí por orden del Papa Pío IX.

Esta basílica fué erigida por Constantino en el mismo sitio en que fué sepultado San Pedro, y donde Nerón había hecho quemar á centenares de mártires cristianos. En ese lugar, santificado por las gloriosas víctimas, se alza como señal de triunfo, el templo que asombra al mundo con su magnificencia. Los nombres de ilustres Pontífices como Nicolás V, Julio II, León X Pío VI, así como los de célebres artistas, en cuyo número figuran los de Miguel Angel, Rafael, Bramante y el Maderna, van unidos á la historia de esta basílica monumental. Coronan dignamente la fachada 13 magníficas estatuas que representan al Salvador, á San Juan Bautista y á los Apóstoles, con excepción de San Pedro.

El soberbio pórtico decorado con estucos amarillos en el fondo blanco de la bóveda, ostenta en sus extremidades las estatuas de Carlo Magno y de Constantino, obra la primera de Cornacelimi, y la segunda, de Bernini. Esta última queda comprendida dentro del Vaticano, y sólo se ve en las grandes solemnidades.

El 17, á las ocho de la mañana, los peregrinos, llevando como director al Ilmo. señor Ibarra y como acompañante á Monseñor Celli, se hallaban reunidos en el pórtico, y entrando por la puerta santa, hicieron su

visita en la forma que las habían hecho el día anterior en las otras dos basílicas que ya hemos citado.

Antes de entrar no puede uno menos de fijarse en los bajo relieves de la puerta central que es toda de bronce, y en *La Barquilla*, célebre mosaico de Giotto, que



BASÍLICA DE SAN PEDRO, EN ROMA.

se encuentra en alto, sobre el arco de la puerta que da acceso al pabellón, donde está la estatua de Constantino.

Ya dentro de la basílica, el espíritu queda extasiado, no tanto por la magnitud del templo, imposible de apreciar á primera vista, cuanto por la armonía de las líneas que se enlazan unas con otras, dando al sagrado recinto

un aspecto imponente y majestuoso. Las gigantescas dimensiones de la basílica sólo se comprenden cuando se examinan uno por uno los detalles más insignificantes; entonces, es cuando el espectador queda verdaderamente sorprendido ante esa obra colosal en que se revela la inspiración del artista cristiano.

Los monumentos profanos no hablan al alma, por grandiosos que sean, el lenguaje celestial que se desprende como un eco de aquellas enormes bóvedas y extensas naves, ya sea que reine el silencio en ellas, ya sea que reproduzcan los acentos del órgano ó el ritmo solemne de los cantos sagrados.

En la nave central, á pocos pasos de la puerta, hay un disco de pórfido que evoca recuerdos de tiempos pasados; allí recibían los emperadores la corona, de manos del Sumo Pontífice. Algo más adelante se van encontrando las anotaciones que indican la longitud de los templos más grandes del mundo, comparada con la cual puede apreciarse la superioridad de San Pedro, que mide 210 metros de largo por 30 de ancho. He aquí las principales medidas en el pavimento de esta basílica: San Pablo, de Londres, 158,61 metros; Santa María dei Fiori, de Florencia, 149,45; el Duomo, de Milán, 135,38; San Petronio, de Bolonia, 133,92; la Catedral, de Colonia, 132,92; San Pablo, de Roma, 127,37; la Catedral, de Amberes, 117, y Santa Sofía, de Constantinopla, 110.

Los geniecillos que sostienen las conchas del agua bendita tienen formas infantiles; pero son por su tamaño verdaderos colosos. En la nave central está la estatua de San Pedro, ya muy conocida, el pie derecho

de la cual se ha desgastado á causa de los besos que le han dado los fieles. Créese que San León hizo fundir esta estatua con el bronce de la de Júpiter Capitolino.

Entre las pilastras hay grandes nichos donde se han colocado las estatuas de los fundadores de las órdenes religiosas.

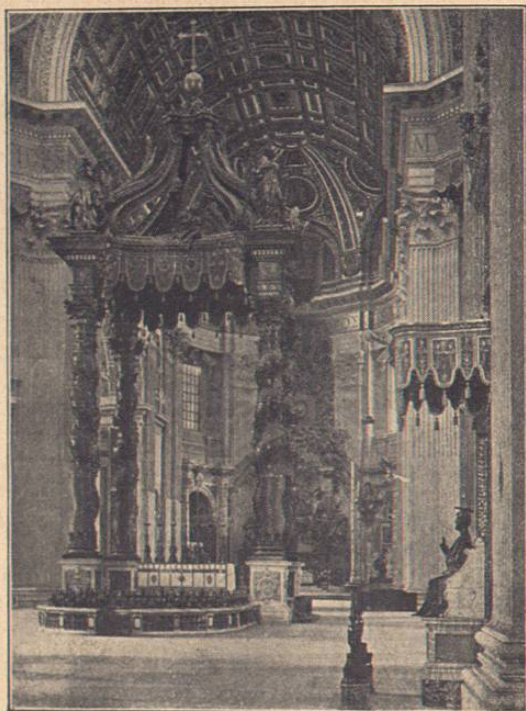


ESTATUA SEDENTE DEL PRÍNCIPE DE LOS APÓSTOLES
EN LA BASÍLICA DE SAN PEDRO (ROMA).

En medio del crucero, debajo de la soberbia cúpula, se halla el altar de la Confesión, donde sólo el Papa puede celebrar, y está cubierto por un baldaquino de columnas espirales, todas de bronce dorado y fabricadas, conforme á un diseño del Bernini, con el metal tomado del pórtico del Panteón. En la parte baja está el cuerpo de San Pedro. En la balaustrada que rodea la

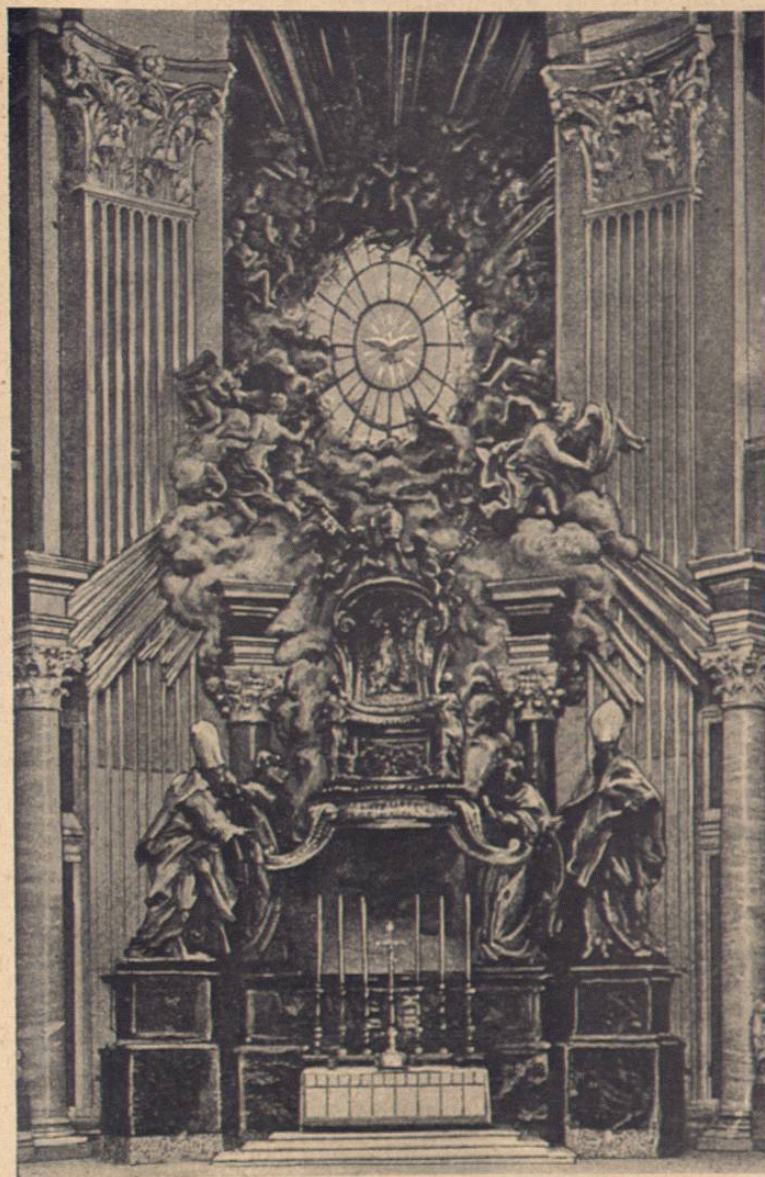
cripta, arden siempre 87 lámparas encendidas. Frente al sepulcro, se ve la estatua de Pío VI, que está arrodillado en actitud de orar, y es obra de Canova.

Debajo de la cúpula, en grandes nichos, están colo-



ALTAR DE LA CONFESIÓN DE SAN PEDRO (ROMA).

casas las magníficas estatuas de Santa Elena, La Verónica, San Andrés y de San Longinos. Sobre el nicho que tiene la estatua de la Verónica, hay una logia en que, con motivo del jubileo, se expusieron á la veneración de los fieles las preciosas reliquias que posee la basílica y son: la *Lanza* con que Longinos atravesó el



ALTAR MAYOR DEL FONDO DE SAN PEDRO (ROMA).

costado del Salvador; el *Sudario* llamado de la Verónica, en que Nuestro Señor dejó impreso su santísimo rostro, deformado con los maltratamientos de la Pasión, y una *Cruz*, dentro de la cual se guarda un pedazo muy considerable del Santo madero en que murió nuestro dulcísimo Redentor. Allí se erigió un altar en que diariamente celebraba la Santa Misa uno de los Eminentísimos Cardenales.

En el fondo de la basílica hay otro altar, y sobre él, encerrada en bronce, se encuentra la silla de San Pedro, usada por él y sus primeros sucesores, sostenida por los cuatro doctores de la Iglesia, y rodeada de un coro de ángeles. Hermosa alegoría que representa la cátedra de la verdad, acompañada de los más nobles atributos.

Demos ahora una vuelta con toda la rapidez posible, comenzando por la derecha. Lo primero con que nos encontramos es la capilla de la Piedad, con un grupo en mármol, obra de Miguel Angel, y una columna que perteneció al templo de Salomón, y en la cual, se dice, que se apoyaba Jesucristo durante sus predicaciones. Siguen por orden: el monumento á León XII; el cenotafio de Cristina de Suecia, convertida al catolicismo en 1655; la capilla de San Sebastián, con un mosaico que representa su martirio; el monumento de Inocencio XII y el de Matilde de Canossa; la capilla del Santísimo Sacramento, con un fresco de la Santísima Trinidad, un mosaico del Descendimiento y los sepulcros de Sixto IV y de Julio II; el sepulcro de Gregorio XIII, con bajo relieves que representan la corrección del Calendario; la tumba de Gregorio XIV; un mosaico de la

Comunión de San Jerónimo; la capilla gregoriana, obra de Miguel Angel, con un altar de alabastro, incrustado de amatistas y otras piedras preciosas y una imagen de



GRUPO ESCULTÓRICO DE MIGUEL ANGEL, EN LA CAPILLA DE LA PIEDAD DE SAN PEDRO DEL VATICANO.

la Virgen María, procedente de la antigua basílica; allí reposa el cuerpo de San Gregorio Nacianceno; el monumento de Gregorio XVI; el de Benedicto XIV; un mosaico que representa al emperador Valente, desmayándose cuando ve celebrar la Misa á San Basilio; un

mosaico de San Wenceslao, rey de Bohemia; el de los Santos Proceso y Martiniano; el altar de San Erasmo; el sepulcro de Clemente XIII, obra de Canova; con dos bellísimas estatuas de la Religión y el Genio de la Muerte; un fresco de Lanfranco, que representa á Cristo y á San Pedro sobre las ondas; la capilla de San Miguel, con un mosaico del arcángel, copia de Guido Reni; la capilla de Santa Petronila; el cuadro de San Pedro que resucita á Fabita dei Costanzi, y la tumba de Clemente X.

En el centro, á uno y otro lado de la cátedra de San Pedro, se ven los sepulcros de Urbano VIII y de Paulo III, adornados de hermosas estatuas. En el de éste, por no convenir á la santidad del templo, se mandó cubrir, con una lámina de hierro, la estatua de la Justicia. En los muros laterales se hallan inscritos sobre lápidas de mármol los nombres de los Obispos que tomaron parte en el Concilio de 1854, en que se definió el dogma de la Inmaculada Concepción.

A propósito de la declaración dogmática de tan alto misterio, nos refirió un testigo presencial, digno de todo crédito, que el día 8 de Diciembre estuvo nublado y frío; más á pesar de eso, mientras el inmortal Pío IX hacía dicha declaración, un rayo de luz alumbró sin cesar el libro que tenía al frente, causando este prodigio la admiración de cuantos lo presenciaron. Esto nos recuerda la frase de un Papa, que muchos años ha, tratándose de este misterio, exclamó: «¡Dichoso el Pontífice á quien toque en suerte declarar el dogma de la Inmaculada Concepción de María!»

Sigamos nuestra visita á la gran basílica. En la nave

opuesta á la que acabamos de recorrer, se ven: la tumba de Alejandro VIII; la curación del baldado hecha por San Pedro, cuadro de Mancini; el altar de San León Magno, en que representa un bajo relieve al Pontífice yendo al encuentro de Atila; el altar de la Virgen de la Columna, llamada así porque se encontró pintada en una columna de la antigua basílica; la urna que guarda los restos de León II, León III y León IV; el mosaico que representa la caída de Simón el Mago; el monumento de Alejandro VII, último trabajo de Bernini; el altar de Santo Tomás Apóstol; un mosaico de la Crucifixión, copia de Guido Reni; el sepulcro de Palestrina; un San Francisco, copia del Dominiquino; un mosaico que representa el castigo de Ananías y Saffira; el sepulcro de Pío VIII, de Tenerani; la capilla Clementina, con un mosaico que representa un milagro de San Gregorio Magno; el mausoleo de Pío VII, obra de Thorwaldsen; un mosaico de la Transfiguración de Cristo en el Tabor, copia de Rafael; el monumento de León XI, con un bajo relieve que representa la conversión de Enrique IV; el monumento de Inocencio XI, con un bajo relieve que representa la liberación de Viena, disputada á los turcos en 1683; la capilla del Coro donde se reúnen los canónigos, y donde reposan las cenizas de San Juan Crisóstomo; la urna en que se deposita el cadáver del último Pontífice difunto hasta que se le traslada al lugar que deja señalado; el sepulcro de Inocencio VIII; la capilla de la Presentación, con un mosaico, copia de Romanelli; sobre la puerta, por la cual se entra para subir á la cúpula, el monumento de María Clementina Sobieski; el de los últimos